

# El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 134

Sevilla—Jueves 13 de Junio de 1901

AÑO XXV

## Política seria

Aquí, que se habla mal de todo, que se censura á todo el mundo, que desde los más fracasados hasta los más desacreditados demandan reformas y reclaman moralidad y economías, no hay, sin embargo, nadie que practique con el ejemplo.

La farsa perdura y el descaro tiene arraigo inconcebible. Desde Gamazo, reclamando justicia, hasta Romero, haciendo alardes de haberse impuesto al Gobierno, para que por gracia le otorgase algún distrito para un amigo suyo.

Desde Sagasta, pretendiendo que los primates figurasen en la comisión de actas, hasta Silvela, haciendo alardes de los grandes beneficios que la gestión de su partido comenzaba á reportar al país, cuando inoportunamente fué arrojado del Gobierno, todo acusa una política de campanario y de convencionalistas inteligencias que se hacen ya insostenibles en fuerza de lo crónico y arraigado del procedimiento y del sistema.

Se impone una política seria, representada por hombres serios, al servicio de instituciones adecuadas á la formalidad y á los altos prestigios de la Patria.

Los partidos que turnan; los hombres que han alternado en la gobernación del Estado con sus diarias rectificaciones, todos se han acreditado de falta de tacto y de absoluta carencia de pensamiento; pero han sobresalido, en cambio, de desaprensión y de ancha manga para conducirnos á la catástrofe, sirviéndose después de nuestra mansedumbre para volver á imperar como si aquí no hubiera pasado nada.

Entre los repúblicos hay también muchos acomodaticios que han aceptado los hechos consumados y que indirectamente han prestado apoyo al Gobierno para seguir influyendo en el servicio de sus amigos y allegados y han transigido ante la gran catástrofe nacional, sin fulminar acusación contra los gobiernos de la monarquía y sin realizar en el parlamento ni fuera de él un acto de verdadera trascendencia, que el país y los buenos republicanos esperábamos.

Gobiernan nuevamente los hombres del protocolo de París. Mandan ahora los mismos hombres que en aquellos días de cruel amargura subastaron la patria y pusieron en manos del extranjero; honor, vidas, haciendas y territorios, y nuestros correligionarios preparan una campaña mansa y convencionalista para que siga la farsa, y para que el engaño subsista con tal que continúen mereciendo la atención y las consideraciones de los ministros; para sus asuntos propios y para las atenciones de sus amigos personales y paniaguados electorales; mientras el pueblo que paga y sufre, y los verdaderos republicanos, sufrimos toda clase de vejámenes y de opresiones, porque hemos hecho un culto de la justicia y una verdadera religión del ideal, y sacrificándolo todo, tenemos como enseña la formalidad, la seriedad y el sacrificio individual y casero al servicio de la Patria y de la República.

Por eso cortamos por el mismo rasero á los monárquicos fracasados y republicanos condescendientes, que hacen la causa de aquéllos contra los intereses del pueblo; y ahora que corren rumores de reorganización republicana, acudamos á nuestros correligionarios para que busquen hombres serios, asociando á la seriedad la consecuencia y el alejamiento de los tratos, del convencionalismo y del reclamo, que es otra de las formas del pecado.

Se impone entre los demócratas principalmente la organización, bajo estas bases: desechando á los cómplices de la monarquía y repudiando á los versátiles é impacientes, y á los que buscan el banqueteo y el reclamo como medio para elevarse; que éstos y aquéllos ni se preocupan de ideales, ni les importa la causa del pueblo, y sólo atentos á su medro personal, se cuidan de sí mismos y de los suyos.

Busquemos hombres serios, que no se han dignificado en esos sistemas del convencionalismo, y huyamos de esos apestados que todo lo quieren con tal que su nombre figure en letras de molde, y á condición de que sus intereses familiares aumenten.

Si verdaderamente el pueblo aspira á regenerarse y á restañar las heridas de la honra y de la historia, se informe en una política democrática de verdad, y de verdad seria, por hombres serios dirigida, que elementos sobrados hay en nuestro campo que reúnan esta condición, capaces de sustituir con ventaja á todos los que han dirigido y prepararse á dirigirlos.

A. A.



## CUENTOS

Y TROZOS LITERARIOS

POR

J. Rodríguez La Orden

(CARRASQUILLA)

Acaba de ponerse á la venta en la librería de D. TOMAS SANZ, calle de las Serpes, y en la Redacción de EL BALUARTE, á 2 pesetas ejemplar.

Los suscriptores de fuera que deseen obtenerlo pueden dirigirse directamente á la Administración de este periódico, que lo remitirá franco de porte.



## Murmuraciones

Pues... sí, señores. Después de la espeluznante noticia de que había parido la mujer de un teniente de alcalde del vecino pueblo de Salteras, no ha pasado nada que sea digno de mención.

Las huelgas, en lo que respecta con las atribuciones que competen al Estado, ya nos ha dicho la Regente que su Gobierno procurará armonizarlo todo de la mejor manera posible.

Esta armonía de nuestro Gobierno paternal ya sabemos en qué consiste: en mandar la Guardia civil para imponer el orden á balazos ó á culatazos... en tanto los señores del margen gubernamental estudian la manera de resolver prontamente las cuestiones sociales.

Los que, por el pronto, no estén contentos con ser explotados, que se avien en tanto deciden esos señores lo que se debe de hacer.

En Sevilla ya estamos acostumbrados á la espera y al aguardo.

Veinte años hace que está en estudio el proyecto para evitar las riadas del Guadalquivir; veinte años nada más hace que se nos viene diciendo que, gracias á las gestiones del diputado Tal ó del senador Cual, el mes próximo van á comenzar las obras... ¡y ahí está el Guadalquivir riéndose de nosotros y de los señores diputados!

Del que no se rie es del ingeniero ese Sr. Sanz — así me parece que se llama — encargado en los estudios de marras.

Porque el Guadalquivir, con un sentido práctico que le honra, dice:

— De ese no me río, porque él sigue cobrando. El Sr. Sanz, por su parte, ha hecho ya testamento, y en éste hay una cláusula que dice:

— El proyecto contra las avenidas del río, ó de la ría, Guadalquivir, lo dejo á mis hijos en memoria de que con él, ó valiéndome de él, sostuve á toda la familia en la mayor opulencia, á buena cuenta de que en los tiempos venideros todos los sevillanos bebán el agua del río en pié y maldigan mi memoria.

Ahora, por lo pronto, tenemos otro asunto de más entidad sobre el tapete.

De una parte, la Empresa llamada de Aguas ha dicho al Ayuntamiento:

— Mira, Ayuntamiento de Sevilla: mis manantiales en verano no tienen caudal suficiente para surtir la población, y, por tanto, me veo precisada á dejar en seco las cañerías por la noche. Anúnciame tú á los vecinos para que se enteren, y así me ahorras á mí las molestias que me puede proporcionar.

Así lo hizo nuestro municipio, pero no sin que acordara que la Comisión de Aguas se ocupara en el asunto.

Renióse la Comisión, y ésta convino en que... si la Empresa no tenía agua, ¿qué iba á hacer la pobre? . . . Darla de menos á sus abonados y cobrarla como si la diera... ¡Esto es natural!

En estos dimes y diretes, alguien, que no yo, exclama:

— Caballeros: Hace poco tiempo, unos cuantos señores respetables del municipio dijeron que el conflicto del agua estaba salvado, gracias al inmenso talento que ellos tenían, y se dió por terminado el asunto, y á dichos señores se les puso de caballeros talentados y demás ditirambos encomiásticos... ¿Cómo resulta ahora que Sevilla está como estaba?...

¡Ahí verá usted!  
¡Pero que le quiten á dichos señores lo bailado en las gacetas de esos mismos periódicos que hoy se quejan!...

Un medio seguro hay para que la Empresa de Aguas salga decorosamente del apuro en que se encuentra, suponiendo que ella se apure cuando su negocio nada pierde, puesto que ella tiene la facultad de contratar, faltar al contrato y cobrar como si no faltara, porque para eso es empresa extranjera, una de esas empresas de las que, cuando van á emprender un negocio en España, la primera partida que ponen en la cuenta de gastos, es la siguiente:

«Para sobornar á las autoridades españolas, diez mil libras esterlinas.»

El remedio consiste en que mande hacer rogativas para que sus caudales de agua aumenten.

Fijese dicha Empresa de Aguas en que nuestro virtuosísimo Pastor se hallaba á las puertas de la muerte, y en cuanto Fedriani su médico lo vio limpio de calenturas, y así se lo participó á los familiares, éstos mandaron incontinenti hacer rogativas pidiendo al cielo la salud del Prelado, y enseguida... como con la mano: el Pastor se salvó por esta vez.

Deje la Empresa pasar los meses de verano, y en cuanto se acerquen las primeras lluvias... rogativas al canto, y el agua va á llegar hasta la Giraldá.

Hay en Sevilla otra novedad.

La empresa del Alcantarillado hace ya cerca de un año que viene haciendo las excavaciones consiguientes para implantarnos una reforma, que yo no diré que sea lo mejor ni lo más bueno, pero sí que es útil y beneficiosa, y que por ella se ha venido clamando en todos los tonos.

Comienzan los calores, y á varios gaceticeros se les ocurre consultar á los hombres de ciencia. Aquí se le llama hombre de ciencia á los que toman el pulso, y para quitar una destemplanza, mandan lavatibas.

La pregunta que le hicieron es esta:  
— ¿Cree usted que las obras del Alcantarillado, con estos calores tan terribles, son perjudiciales para la salud pública?

El hombre de ciencia le dice al gaceticero:  
— ¿Su periódico está subvencionado por la Empresa?

— No señor — contesta el gaceticero.

— Pues bien — replica el hombre de ciencia — entonces tendré que decir que las emanaciones pútridas que despiden las tierras del subsuelo de nuestra ciudad tienen en sí los gérmenes del sarampión, la escarlatina y las viruelas locas...

— Así es, en efecto — dice el gaceticero. — Nosotros así lo pensamos; pero necesitamos una opinión autorizada y por eso recurrimos á usted.

— Puedo asegurarle — contesta el hombre de ciencia — que el calor, á la temperatura que se goza en Sevilla, todo lo purifica y no hay otros gérmenes patógenos más dañinos que los que vulgarmente se le llama tabardillo; pero... no está de más dar una puntadita sobre las enfermedades, para que los clientes se asusten y nos llamen en cuanto se sientan sudorosos.

Y en este conflicto estamos ahora.  
Varios hombres de ciencia, en compañía de algunos gaceticeros, han tomado el pulso á las emanaciones de las zanjas del alcantarillado, y han convenido en que el alcantarillado se suspenda hasta que ellos avisen, porque ellos son los que tienen embotellada la salud pública en verano y en invierno.

¡A ver esos municipios qué hacen!...

Hay que atender la opinión de cualquier casaca-nueces.

Según nos dice un periódico, se están vendiendo en las plazas albaricoques muy verdes que nos provocan desgracias. Eso debe de ser cierto... Con la Liga sacrosanta que fundaron el domingo los católicos de marras, entraron frutas muy verdes, y como verdes, muy malas. ¡Hay una de albaricoques, aquí en en Sevilla, que espanta!...

El párroco de Tiring (Castellón de la Plana)

se ha quejado al juez de que el alcalde de dicho pueblo le faltó públicamente.

Me descubro respetuosamente ante ese párroco, porque, aunque sea un bruto, rinde acatamiento á las leyes y va serenamente por el camino de la justicia.

También se ha quejado el mismo párroco de que, estando predicando á sus feligreses en la iglesia, le interrumpió y le contradijo el juez municipal de dicho pueblo.

¡Dios sabe las barbaridades que estaría diciendo desde el púlpito!

Ya no me descubro ante ese señor.  
— Muchacho, trae el sombrero,

El Liberal de Madrid publica hoy en primera plana el retrato de D. Cándido Lara, propietario del teatro de su nombre, y senador.

El Liberal de Sevilla, para imitar á su padre El Liberal de Madrid, deberá de publicar, á la mayor brevedad posible, el retrato de D. José Portela, propietario del teatro de su nombre, y albañil.

El Sr. Sagasta ha dicho en su último discurso, con la mayor formalidad:

«En España no hay regiones; no hay más que provincias.»

¡Qué ha de haber regiones!  
Si se empeña en ello el Sr. Sagasta, no las hay.

En cuanto haga con ellas lo mismo que hizo con las Antillas, ¡adiós, regiones!

Si aquí no hay más que lo que el Sr. Sagasta quiera.

El quiere sinceridad electoral... pues enseguida ordena que salga diputado por Aracena el señor don Pablo Cruz, quien ni siquiera ha probado las bellotas de la región extremeña.

El necesita pagarle la asistencia de la cura del peroné al médico Bustamante, y enseguida ordena que salga diputado por Sanlúcar la Mayor.

— Aquí no hay regiones — dice Sagasta.

(Estrepitosos aplausos de todos los caneros.)  
— ¡Oh! ¡Qué gran hombre de Estado! — que dirá, por ejemplo, el Marqués de Pickman — Si hubiera regiones, y amor á ellas, ¿cómo iba yo á ser diputado por Sevilla!...

CARRASQUILLA.

## Henry George

La muerte, que es mucho más lista que la fortuna, se apoderó de Henry George al advertir que, viejo y pobre, nada bueno le esperaba en este mundo que él había soñado hacer mejor. La *Life of Henry George*, publicada por su hijo, nos da clara idea de lo que fué la existencia de uno de los hombres más inteligentes de este siglo, de uno de los pocos que son dignos de mención en la historia de la humanidad.

Nació en 1839 en Filadelfia de unos padres que, sin fortuna, tuvieron diez hijos. Henry era segundogénito y á los catorce años se ganaba ya la vida por su propio esfuerzo. Durante algunos años llevó una vida accidentada y activísima. Fué sucesivamente buscador de oro, marinero, cajista, labrador, dependiente de comercio, corredor de granos, y cuando las cosas iban mal dadas caminaba á lo largo de las carreteras pidiendo albergue y comida á los granjeros, á cambio de una ó dos jornadas de trabajo. Recorrió las principales ciudades de la Unión, y en 1862 lo hallamos en San Francisco de California, enamorado de una linda muchacha, Annie, y peleándose con el tío de ella, que le echaba noramala por carecer de fortuna. George era de genio muy vivo, el tío era poco sufrido; sin la intervención de la muchacha acababa aquello boxeando. Al día siguiente el apóstol de la igualdad vuelve a ver á su novia. Se saca una moneda del bolsillo y dice: «Este es todo mi capital. ¿Quiere usted casarse conmigo?» Se aceptó la proposición, Annie fué robada de casa de su tío y aquella misma tarde se casaban los enamorados.

La existencia fué dura para aquella pareja. El hombre fuerte, osado é inteligente, no podía reunir jamás lo necesario para vivir tranquilo, sin la perpetua amenaza del mañana sío paó.

Cuatro años después de su matrimonio salió una noche desesperado á la calle. Estaba decidido á volver á su casa con algunos dollars. «Me

aposté en una calle poco concurrida y esperé que pasara alguien que por su facha pareciera tener dinero. Me acerqué a un alemán. Le pedí cinco dollars. Me preguntó para qué los quería. Le expliqué que mi mujer había parido y carecía de lo más necesario. Me dió el dinero. Si no me lo da, creo que lo hubiera matado.»

Escribe en periódicos, juega a la bolsa, especula en valores de minas. Va de mal en peor. Un día escribe a su hermana: «No es raro que los hombres traten de enriquecerse por todos los medios, buenos ó malos, pues el dinero es todo. Por falta de algunos dollars no podemos vernos y estamos obligados a luchar tan penosamente, que las más nobles aspiraciones de nuestro corazón y de nuestra inteligencia quedan ahogadas. No me quejo que no haya ocurrido un milagro en favor mío; de que una mañana no me haya encontrado rico gracias á una de esas casualidades que acaecen a los imbéciles; pero me parece que, decididamente, la fortuna me ha vuelto la espalda, haga lo que haga, intente lo que intente. De todos modos haré lo mejor que sepa, aprovecharé todas las ocasiones, y lo demás á la voluntad de Dios.»

Durante varios años probó en vano de ser útil a los demás y a sí mismo. Hombre de clara y vasta inteligencia, había pensado y estudiado mucho tiempo acerca de las desigualdades sociales; pero á pesar de escribir en varios periódicos, no se había decidido á emprender nuevos derroteros a fin de indicárselo a los demás hombres. Un día, estando en New York, miraba el gran contraste que ofrecen los barrios ricos y pobres. Aquel día es cuando comprendió su vocación. «Caminaba en pleno día, cuando tuve un pensamiento, una visión, un llamamiento, llamadle como queráis, que hizo estremecer todas mis fibras. Hice un voto en aquel instante. Lo he cumplido.»

Su voto consistía en buscar el remedio de los sufrimientos de las clases pobres, y creyó haberlo encontrado en un nuevo sistema contributivo, basado sobre el reparto de las tierras a los que las cultivaran.

Sus libros le han hecho famoso; el primero que publicó, *La cuestión social*, se vendió por centenares de miles de ejemplares.

Respetado por sus adversarios, querido por sus compañeros, Henry George fué un verdadero apóstol de su religión social y llevó al apostolado una fe, una perseverancia y un ardor que pocos han tenido, y que ha hecho que sus doctrinas pasaran el Atlántico y el Pacífico y se profesen en Europa y en el Japón.

Aunque no tuviera otro mérito Henry George, tiene el imponderable de ser el primer yanqui altruista é igualitario que se conoce.

MARCO POLO.

## De actualidad

Dicen de Barcelona que la tormenta de ayer produjo graves daños en los pueblos de la costa de San Pol.

Una chispa mató á un pescador é hirió á dos.

Un rayo mató á una mujer, hiriendo gravemente á otras dos.

La tormenta produjo un pánico horrible. Se desconocen las desgracias ocurridas en otros pueblos.

Pi Margall ha dicho, hablando de los debates en las Cámaras:

«Siempre condené—dice el ilustre republicano—los abusos del Parlamento.

Se abusa de la alusión personal, entablándose interminables debates.

Solo sirven los reglamentos para los representantes noveles que carecen de autoridad.

Se abusa de la elocuencia, haciéndose gala de hablar mucho y bien.

La mayor calamidad en un Parlamento es el sistema de obstrucción, con el cual no hay Cortes posibles.

Se pierde mucho tiempo en las Cortes.

Se requiere que los reglamentos pongan coto al abuso.»

En Salamanca se ha presentado la cuestión social en una forma que preocupa grandemente al Gobierno.

Los labradores que llevan en arriendo las tierras, dicen que continuarán cultivándolas, pero considerando como un título de propiedad el tiempo que invierten en el cultivo de aquéllas.

Dicen de Cádiz:

«Ha fondeado en este puerto la fragata de guerra sueca *Freja*, escuela de guardias marinas, que viene mandada por el capitán de navío Dyrssen.

La tripulación de la *Freja* la componen 320 hombres, desplazando 2.000 toneladas. Registra diez cañones, y sus máquinas desarrollan una fuerza de dos mil caballos.

La *Freja* procede de Careskrona (Kiel), habiendo invertido veintidós días en su viaje.

Durante la travesía soportó un temporal.

Entre los guardias marinas que vienen en la *Freja* se encuentra el príncipe Guillermo, de diez y siete años de edad, nieto del rey Oscar II de Suecia.

El príncipe hace á bordo del buque igual vida que sus compañeros, desempeñando las funciones propias del guardia marina.

En el momento de llegar las autoridades con objeto de visitar el buque, se encontraban los guardias maniobrando en las vergas y afeitando los aparejos.

El príncipe y sus compañeros proyectan visitar á Sevilla.

La *Freja* permanecerá en Cádiz cuatro días, marchando después á Amsterdam.»

En el Consejo hablóse extensamente de las huelgas en Andalucía, reconociéndose que éstas revisten gravedad.

Con este motivo se habló también de los sucesos de la Coruña, conviniéndose en las faltas cometidas por el gobernador de dicha población.

El señor Moret dijo que muchos elementos de la Coruña aconsejan que no se levante todavía en ésta el estado de guerra.

Respecto á Andalucía se acordó excitar el celo de las autoridades de todos los órdenes para que vivan prevenidas y hagan lo posible á fin de evitar la propagación de las huelgas.

Mr. Perivier, que actualmente figura como director de *Le Figaro*, se ha negado á permitir que su nombre sea borrado de la cabeza del periódico.

Sólo se compondrán las cuartillas que lleven su firma.

Mr. Perivier se ha encerrado en su despacho, negándose á salir del palacio de *Le Figaro*.

Las puertas de éste hállanse cerradas, amenazando con convertirse en un nuevo *Fort Chabrol*.

Numerosos accionistas del importante periódico forman grupos ante el edificio.

Los porteros tienen la consigna severa de no dejar entrar más que á los redactores.

Numerosos agentes vigilan la rue Dronot.

El Consejo celebrado por los ministros duró dos horas, despachándose en él los expedientes modificando el decreto de 4 de Diciembre de 1900 sobre formalidades en la importación del café y del cacao á Fernando Poo.

Otro sobre la exacción de los derechos de consumos de la gasolina que el Estado cede á los ayuntamientos para combatir la langosta.

Otro sobre el arrendamiento de un edificio para instalar en él la Delegación de Hacienda en Zaragoza.

El Sr. Moret dió amplias explicaciones sobre las huelgas agrarias de Andalucía.

Después se cambiaron impresiones sobre la constitución interina de las Cámaras en los próximos debates.

Despacháronse los expedientes de Guerra, autorizando al Museo de Artillería para la adquisición de máquinas con destino al taller de fulmicoton de Granada, y otros autorizando á la fábrica de pólvora de la misma para la compra de construcciones metálicas modelo Scheidt.

El viernes próximo firmará la Reina un decreto del ministerio de Instrucción pública concediendo el reingreso en el profesorado á todos los catedráticos de Instituto que fueron jubilados por virtud del decreto del Sr. García Aix, y que, una vez derogado, solicitaron la reposición.

Aún no se ha ultimado la candidatura ministerial para la comisión de actas.

En lugar de Alfonso González, que tiene varias protestas en el acta, presentarán los ministeriales al conde de Morella.

Las oposiciones quieren que el Gobierno les dé seis puestos en la comisión.

Sagasta conferenció con Romero, Silvela y Canalejas.

Sagasta manifestó que dejaba cinco puestos á las oposiciones en la Comisión de Actas.

Los conservadores quieren tres.

Romero ha manifestado rotundamente que él no entra en la Comisión si no se le dá un puesto á los republicanos.

Sagasta y los jefes de las oposiciones han llegado á un acuerdo en el asunto de la Comisión de actas.

Han sido sacrificados los ministeriales Alfonso González y Augusto Comas, para dar cabida al romerista Bergamín y al republicano Ballesteros.

La forma que en que se celebró el escrutinio en la votación del presidente del Congreso no ha satisfecho al señor Villaverde, quien manifestó á varios amigos en el salón de sesiones de aquél la contrariedad que le producía no estuviera intervenida la Mesa como en la pasada legislatura con su elección.

El ministro de Gracia y Justicia, señor marqués de Teverga, tiene ultimado el proyecto de reforma del Concordato, que servirá de base para las negociaciones con la Santa Sede.

Las cláusulas de dicho proyecto de reformas se reservan por depender su solución de una negociación diplomática.

En Estebrek se ha descubierto el cadáver de una mujer cortado en pedazos.

La policía detuvo al marido de la víctima, sospechando que fuese el autor del crimen.

Créese que se trata de un drama de locura.

El marido, al ser interrogado, declaró que dió muerte á su esposa para hacer conservas, poniendo en sal los trozos del cadáver.

La muerte fué producida por una puñalada en el corazón.

París.—En el Senado se ha seguido la discusión del proyecto de ley contra las asociaciones religiosas.

El senador Mr. Walton combate el proyecto, condenando la guerra que se pretende hacer á las asociaciones monásticas, porque, á su juicio, es imposible colocar fuera de la ley el 75 por 100 de los franceses que profesan las ideas católicas.

Excita á sus compañeros á que procuren mantener la concordia entre la Iglesia y el Estado.

## UN SILBIDO

(CUENTO)

El entusiasmo caldeaba el teatro. ¡Qué debut! ¡Qué *Lohengrin*! ¡Qué tiple aquella!

Sobre el rojo de las butacas destacábanse en el patio las cabezas descubiertas, ó las torres de lazos, flores y tules, inmóviles, sin que las aproximara el cuchicheo ni el fastidio; en los palcos silencio absoluto, nada de tertulias y conversaciones á media voz, y arriba, en el infierno de la filarmónica rabiosa, llamado irónicamente paraíso, el entusiasmo se escapaba prolongado y ruidoso, como un inmenso suspiro de satisfacción, cada vez que sonaba la voz de la tiple, dulce, poderosa y robusta. ¡Qué noche! Todo parecía nuevo en el teatro. La orquesta era de ángeles; hasta la araña del centro daba más luz.

En aquel entusiasmo tomaba no poca parte el patriotismo satisfecho. La tiple era española: la López; sólo que ahora se anunciaba con el apellido de su esposo el tenor Franchetti; un gran artista que, casándose con ella, la había hecho ascender á la categoría de *estrella*. ¡Vaya una mujer! Legítima de la tierra. Esbelta, arrogante, brazos y garganta con adorables redondeces, y los blancos tules de Elsa, amplios en la cintura, pero estrechos y casi estallando con la presión de soberbias curvas. Sus ojos negros, rasgados, de sombrío fuego, contrastaban con la rubia peluca de la condesa de Brabante. La hermosa española era en la escena la mujer tímida, dulce y resignada, que soñó Wagner, confiando en la fuerza de su inocencia, esperando el auxilio de lo desconocido.

Al relatar su ensueño ante el emperador y su corte, cantó con los brazos caídos y la extática mirada en lo alto, como si viese llegar montado en una nube, al misterioso paladín, que el público no pudo contenerse ya, y, como la retumbante descarga de una fila de cañones, salió de todos los huecos del teatro, hasta de los pasillos, la atronadora detonación de aplausos y gritos.

La modestia y la gracia con que saludaba enardeció aún más al público. ¡Qué mujer! Una verdadera señora; y en cuanto á buenos sentimientos, todos recordaban detalles de su biografía. Aquel padre anciano, al que todos los meses enviaba una pensión para que viviera con decencia; un viejo feliz, que desde Madrid seguía la carrera de triunfos de su hija por todo el mundo.

Aquello era conmovedor. Algunas señoras se llevaban á los ojos una punta del guante, y en el paraíso un vejete lloriqueaba, metiendo la nariz en el embozo de la capa para sofocar sus gemidos. Los vecinos se reían.

—¡Vamos, hombre, que no era para tanto!

La representación seguía su curso en medio de los ecos del entusiasmo. Ahora el heraldo invitaba á los presentes, por si alguno quería defender á Elsa. Bueno, adelante. Aquel público que se sabía de memoria la ópera, estaba en el secreto. No se presentaría ningún guapo. Después, con acompañamiento de tétrica música, avanzaron las damas veladas para llevarse la condesa al suplicio. Todo era broma. Elsa estaba segura. Pero cuando los bravos guerreros brabanzones se agitaron en la escena, viendo á lo lejos el misterioso cisne y su barquilla, y se fué armando en la imperial corte una batahola de dos mil demonios, el público, por acción refleja, se movió ruidosamente, arrellanándose en el asiento, tosiendo, suspirando, revolviéndose para hacer provisión de silencio. ¡Qué emoción! Iba á presentarse Franchetti, el famoso tenor; un gran artista, de quien se murmuraba que había casado con la López buscando una compensación para sus facultades decadentes en la frescura y valentía de su mujer. Aparte de esto, un maestro que sabía salir triunfante con auxilio del arte.

¡Ah!... Ya estaban allí, de pie en el escenario apoyado en la larga espada, el escudo empujando cubierto de escamas y de aceros, irguiendo arrogante figura de buen mozo, festejado por la da la aristocracia de Europa, y deslumbrando la cabeza á pies, cual un pescado de plata envuelto en seda.

Silencio absoluto; aquello parecía una iglesia. El tenor miraba su cisne, como si allí no hubiera otro ser digno de atención, y en el místico ambiente fué desarrollándose un hilo de voz, tenue, dulce, vagoroso, cual si viniera de una distancia invisible.

¡*Mercé, mercé, cingo gentili!*

¿Qué fué lo que estremeció todo el teatro poniendo de pié á los espectadores? Algo estrepitoso, como si acabara de rasgarse la decoración del fondo: un silbido rabioso, fuerte, desesperado, que pareció hacer oscilar las butacas de la sala.

¡Silbar á Franchetti antes de oírle! ¡Un tenor de cuatro mil francos! La gente de palcos y butacas miró al paraíso con el ceño fruncido, pero arriba la protesta fué más ruidosa. ¡Gracias! ¡Canalla! ¡Golfol! ¡A la cárcel con él! Y todo el público, arremolinándose de pie y con el público amenazante, señalaba al vejete que, cuando cantaba la tiple, metía la nariz en la capa para llorar, y ahora se erguía intentando en vano hacerse oír. ¡A la cárcel! ¡A la cárcel!

Pisando gente entró la pareja y el viejo paladín á empujones de banco en banco, abofeteando á todos con su capa caída y contestando con desesperados manoteos á los insultos y amenazas mientras que el público rompía á aplaudir estrepitosamente para animar á Franchetti, que había interrumpido su canto.

En el pasillo detuviéronse el viejo y los guardias, respirando ansiosamente, magullados por el gentío. Algunos espectadores les se guieron.

—¡Parece imposible!—dijo uno de los guardias.—Una persona de edad y que parece decente.—¿Y usted qué sabe?—gritó el viejo con expresión agresiva.—Mis razones tengo para hacer lo que hecho. ¿Sabe usted quién soy yo? Pues soy el padre de Conchita, de esa que se llama en el cartel Franchetti, de la que aplauden con tanto entusiasmo los imbéciles. ¡Qué tal!... ¡Les parecerá que silbe! También yo he leído los periódicos. ¡Qué modo de mentir!

«La hija amantísima...» «El padre querido y feliz...» Mentira, todo mentira. Mi hija ya no es mi hija, es un culebrón, y ese italiano un granuja. Sólo se acuerdan de mí para enviarme un limosna, como si el corazón comiera y le contatase el dinero! Yo no tomo un cuarto de ellas. ¡Primero morir: prefiero molestar á los amigos.

Ahora sí que era oído el viejo. Los que le rodeaban sentían hambrienta curiosidad ante una historia que tan de cerca tocaba á dos celebridades artísticas. Y el señor López, insultado por todo un público, deseaba comunicar á alguien su indignación, aunque fuese á los guardias.

—No tengo más familia que esa. Comprenda mi situación. Se crió en mis brazos: la pobrecita no conoció á su madre. *Savó voz*, dijo que quería ser tiple ó morir, y aquí tienen ustedes al bonachón de su padre, decidido á que fuese una celebridad ó á morir con ella. Los maestros dijeron ¡á Milán!, y allá va el señor López con su niña, después de dimitir su empleo y vender los cuatro terrones heredados su padre. ¡Valgame Dios y cuánto he sufrido! ¡Cuánto he tratado antes del debut, de maestro en maestro y de empresario en empresario! ¡Qué humillaciones, qué vigilancias para guardar á mi niña, y qué privaciones, sí, señores, privaciones y hasta hambre, cuidadosamente ocultada, para que nada faltase á la señorita! Y cuando cauto, por fin, y comenzó á sonar su nombre, cuando yo me extasiaba ante los resultados de mi sacrificio, llega ese fantasmón de Franchetti, y cantando sobre las tablas dúos y más dúos de amor, acaban por enamorarse, y tengo que casar á la niña para que no me ponga mal gesto ni me parta el alma con sus lloros. Ustedes no saben lo que es un matrimonio de cantantes.

El egoísmo haciendo gorgoritos. Ni cariño, ni corazón, ni nada: la voz, sólo la voz. Allá donde de mi yerno le molesté desde el primer momento tenía celos de mí, quería alejarme para dominar en absoluto á su mujer; y ella, que ama á ese payaso, que cada vez está más unida á él por las ovaciones, dijo que sí á todo. ¡Las exigencias del arte! ¡Su modo de vivir, que no les permite deberse á la familia, sino al arte! Estas fueron sus excusas y me enviaron á España; y yo, por reñir con ese farsante, reñí con mi hija. Hasta hoy no les había visto... señores: llévenme ustedes donde quieran, pero declaro que siempre que pueda vendré á silbar á ese ladrón italiano... He estado enfermo, estoy solo; pues revienta, viejo, libertad.